1

232725

La Novela Exquisita



EL TRIUNFO DEL SENADOR

SEGUNDA PARTE DE "LA DANZARINA DE ALEJANDRIA"

POR J. DE VALDEMAR

EL TRIUNFO DEL SENADOR

1

232725

Administración
Doctor Esquerdo, 6
:: Madrid ::

47/1505614



R.322945

LA NOVELA EXQVISITA

En el número próximo publicaremos una novela titulada

Un alma generosa

POR

ANSELMO CASTALLA

ILUSTRACIONES DE ZALA

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

IV

EL TRIUNFO DEL SENADOR

No muchos días después del banquete en casa de Julia Traciana, que queda relatado, un inusitado revuelo se alzó entre los senadores romanos, que les hizo salir del marasmo en que vivían. Nerón, que gobernaba en un absolutismo más radical y más cruel que todos sus antecesores, no convocaba al Senado sino muy raras veces y éstas para leer sus versos a los senadores y hacerse aclamar solemnemente. La misión de éstos iba estando reducida a admirar al César, y acudiendo diariamente con este objeto al palacio imperial y comentar con sus familiares la marcha de la política exterior y la arbitraria intervención que Nerón daba a las leyes para satisfacer su vanidad o sus vicios; pero estos comentarios se hacían, como decimos, sólo con los familiares, porque todos temían confiarse a un delator que por ganar favor del César causara su ruina o su muerte.

Una tarde, presentes algunos senadores y palatinos, dijo el emperador, con el gesto de somnolencia que un favorito le había asegurado que favorecía su cara abotagada:

—Voy a reunir al Senado para que apruebe una ley urgente.

Los senadores le miraron con asombro, porque ya no era misión suya aprobar leyes, a no ser que por tal se entendiese en adelante la organización de las fiestas del circo.

Nerón, que gustaba extraordinariamente de la teatralidad, prolongó la pausa para causar mayor efecto y gozarse con la general estupefacción.

—¿Queréis decirnos, ¡oh divinidad!—exclamó uno de los augustanos—, qué inspiración de tu portentosa inteligencia es ésa?

Sonrió Nerón y dijo con el énfasis del que se cree muy superior a los que le rodean:

—Alguien me ha hablado de los escándalos que produce el adulterio, tenido por moneda corriente y vulgarísima. He meditado durante cinco días en la manera de corregirlo y se me ha ocurrido dictar una ley que prohiba a las viudas contraer segundas nupcias y que contenga el número de matrimonios, limitándolos a los contrayentes que pertenezcan a la misma clase y aporten iguales fortunas.

El revuelo que se alzó entre los senadores no es para descrito. ¿Podía llegar el miedo a tanto, para prestarse a aprobar una ley tan absurda? Se miraban, pasmados, unos a otros, esperando que alguien osara tomar la voz en contra. Nadie habló, y Nerón, paseando su lente de esmeralda sobre los presentes, interpretó el silencio como una nueva admiración que causaba su talento sin igual. Sólo Séneca, con sutil ironía, se atrevió a decir:

—Comprendo el razonamiento que te ha llevado a concebir esa ley, ¡oh padre de los romanos!, y una vez más me asombra tu inteligencia portentosa. Quien quita la ocasión, quita el peligro (has debido decirte). Si no hubiera mujeres casadas, no habría adulterios; luego, restringiendo el número de casados, restringiremos el de los adúlteros.

—¡Exacto, exacto!—dijo el César, envanecido de merecer el elogio de un filósofo tan estimado—. Los solteros y los viudos no cometen adulterio aunque se amen. Dejémosles en libertad de acción, para que no se diga que soy un tirano privando las expansiones de la Naturaleza, pero evitemos el adulterio. ¿Por qué hay tantas adúlteras? Porque no están satisfechas con sus maridos, porque se equivocaron al casarse. Pues bien, vamos a quitarles la ocasión de que se equivoquen. Será una sabia disposición, digna de mí.

—¡Asombroso, sencillamente asombroso!—repetía Séneca con su ironía sutil.

Al siguiente día, en el Foro y en las Termas, no se habló de otra cosa. Marcos el Joven, que no había estado el día anterior en el Palatino, del que huía cuanto le era posible, se quedó anonadado al oír la monstruosidad que se le había ocurrido al tirano. Sobre ser un completo absurdo la idea, seguramente no respondía a ningún pensamiento noble, porque Nerón no era capaz de sentirlos. Al emperador no le importaba atajar el adulterio, porque él era el primero en predicar con el ejemplo todas las inmoralidades y todos los vicios. ¿Qué infame propósito ocultaría, pues, su nueva arbitrariedad?

Marcos no podía penetrar los proyectos de Nerón y empleó todo el día en busca de los más amigos del César, como Petronio, Vitino, Lucano y Pompiliano, esperando que éstos hubieran descubierto en sus conversaciones la causa oculta de la ley descabellada. Pero los augustanos, si es que algo sabían o adivinaban, no se decidieron a hablar y Marcos pasó la noche revolviéndose en su lecho sin poder dormirse, pensando nombres de senadores que fuesen lo bastante de-

cididos para unirse en una oposición al absurdo del César.

Cuando al siguiente día volvió al foro para comentar, como de costumbre, con los desocupados, que eran la inmensa mayoría de los ciudadanos romanos, Marcos estaba decidido a hacer el sacrificio de su vida para evitar que prosperase la nueva barrabasada del tirano.

—Sé de un senador—decía a cuantos querían escucharle—que no está dispuesto a cruzarse de brazos ni aplaudir como siempre al César, diga lo que diga y haga lo que haga. No prejuzgo la cuestión ni quiero vaticinar el resultado que tendrá para ese senador su gesto de valentía, pero os doy la noticia como cierta.

Después repitió en las Termas las mismas palabras y más tarde en su cotidiano paseo por el campo de Marte.

Al regresar a su casa halló a su maestro Séneca esperándole en el tablinium, la sala que hacía de biblioteca y archivo de los documentos de familia. Al verle le tendió ambas manos y le dijo con el tono de las resoluciones inquebrantables:

—Comprendo a qué vienes, maestro, y agradezco tu prueba de amistad; pero te adelanto que será inútil cuanto me digas, porque estoy absolutamente resuelto.

—En toda la ciudad sólo se habla del atrevido que quiere exponer su vida, oponiéndose a una idea del César—dijo Séneca con severidad—, y he venido sólo a preguntarte si eres tú ese insensato.

—Yo soy, maestro—respondió el joven con sencillez, sin arrogancia pero sin temor.

Hubo un momento de pausa que rompió el filósofo para decir:

—Lo suponía. Para decidirse a ponerse frente al emperador, hay que ser joven; para irritarse por una ley contra el matrimonio, hay que ser soltero y estar enamorado. Tenías que ser, por tanto, tú, que estás enamorado y eres soltero y joven.

Marcos bajó la cabeza sin responder.

—Has tomado esa decisión con el pensamiento puesto en la hermosa Julia Traciana—siguió diciendo el maestro gravemente—, sin ver que tu absurdo será digno paralelo del absurdo del César. Tú vas a oponerte a esa ley para poder casarte con la viuda del procónsul, y resultará que, como tu desacato a Nerón te valdrá el destierro o la muerte, tus sueños de amor caerán por tierra. Es decir, que con tu oposición te colocarás en la misma imposibilidad de casarte que con la ley del César. Ya ves que vais de absurdo a absurdo.

Marcos seguía con la cabeza baja, reflexionando. Séneca continuó:

—Creo que tus fuerzas son muy escasas para luchar con el emperador, como crees también tú. Todos tus argumentos, toda tu oratoria, se estrellará contra el miedo que sienten todos los senadores de contrariar al divino Nerón. Expondrás la vida sin provecho, te verás perseguido por el César, abandonado de tus amigos y sin poder casarte con la hermosa viuda. Pero quiero suponer por un momento que tu valentía triunfe. Nerón retiraría su proyecto, pero no olvidaría que eras tú el causante de su humillación. Tendrías que huir o abrirte las venas y entonces tu sacrificio habría servido para que la hermosa Julia Traciana pudiese casarse... con Valerio Clemente.

Marcos se puso en pie de un salto. Sus profundos ojos chispeaban; su pecho se alzaba a impulsos de una respiración violenta; sus uñas se clavaban en las palmas de las manos. Todo su cuerpo vibraba de amor y de odio.

—Te ruego que no sigas, maestro—dijo, haciendo gran-

des esfuerzos para que su voz no temblase—. Me causarás un dolor inútil y debilitarías mi arranque al quitarle ilusión. Al soldado que va a entrar en campaña, no se le debe hablar de la muerte que puede resultarle, sino de la gloria que puede hallar. He dado mi palabra y haré honor a ella.

—¿Has dado tu palabra... a Julia Traciana?

Sintió Marcos que toda su sangre se le agolpaba a las mejillas, pero contestó sin vacilar:

—Sí, maestro; he dado mi palabra en una carta a Julia Traciana y en otra carta la ratificaré ahora mismo.

—Pues bien—dijo Séneca poniéndose en pie—, voy a anunciar a Valerio Clemente que asistiré a su banquete de bodas con la viuda del procónsul.

Marcos, sin responder a esta venenosa sátira que tanto daño debía hacerle, acompañó a su maestro hasta el ostium y volvió al tablinium para escribir la siguiente carta:

"El senador Marcos, a Julia Traciana, viuda. Salud.

Ayer, amada amiga, te hacía partícipe de mi decisión respecto a la ley absurda que el emperador trata de imponernos. Sé que Nerón es capaz, con tal de no ver malograda una idea suya, de hacerme matar por anticipado para evitar que pueda oponerme al misterioso motivo que encubre esa ley; pero también sé que tú no has de delatarme y en esta seguridad te confiaba mi resolución y ahora voy a contarte la respuesta que he dado a las objeciones de Séneca.

Sabes cuánto admiro a este filósofo que ha sido mi maestro y el filial cariño que me inspira. Cuando vino de España y abrió su escuela en Roma, fuí de los primeros en acudir. La vida de Lucio Anneo Séneca pasará a la posteridad como pasará el Sol, sin más mancha que su fracaso en la educación del César. Este fracaso ha amargado su alma hasta el punto de hacerle pensar en retirarse a vivir lejos de Roma, para no ver la degradación y las monstruosidades de su augusto discípulo. ¿Acaso él ni nadie hubiera podido modificar el carácter de Nerón?

Pues bien, el maestro que tanto amo ha venido a plantearme un dilema con el mismo corolario: Si se deja prosperar la idea de Nerón, no podré aspirar a unir mi vida con la tuya; si me atrevo a oponerme, la cosecha del fracaso o del triunfo será el destierro o la muerte, con lo que tampoco podré aspirar a tu amor.

Yo, sin embargo, tengo decidido el sacrificio de mi persona en holocausto a ti. Tu amor llena mi corazón y la esperanza de poseerte me hace amable la vida. Si pierdo esa esperanza, ¿qué me importa la vida ya?

Sólo quisiera una palabra tuya, una sola, que fuese mi acicate, mi estímulo, mi enardecimiento...

Ave, amiga. Te saludo."

Cuando al siguiente día salía Marcos de su casa para dirigirse, como acostumbraba, al Foro, Claudia, la vieja esclava de la hermosa viuda, llevóle la carta siguiente:

"Julia Traciana, viuda, a Marcos, senador. Salud.

Tu epístola, que he leído con detenimiento, como la anterior, me ha hecho reflexionar durante toda la noche.

Me pides una palabra. Pues bien, he aquí la que brota de mi corazón:

Confía."

Al leer ávidamente Marcos, suspiró como hombre que se cree feliz. Besó el papiro en que iba escrita la halagüeña palabra y retrocedió al tablinium, de donde no quiso salir

en todo el día. Pensó que el comentario de la gente versaría sobre el senador que iba a atreverse a excitar las iras del César y juzgó prudente retirarse hasta el momento decisivo.

Pasó el día estudiando en su biblioteca, aprendiendo frases de pensadores, juristas y filósofos; ensayó el gesto que había de adoptar en la tribuna, los ademanes adecuados para cautivar al auditorio y los puntos sobre que había de versar su discurso. Y no vió a nadie ni habló con nadie, exceptuados sus esclavos, hasta el día de la convocatoria.

Llegado el momento, se vistió con toda calma, subió a su litera dando orden a sus esclavos de conducirle al Senado sin prisas y llegó cuando estaban ya todos reunidos y esperando con emoción su aparición y la del César. El pueblo, que sabía la proyectada ley que iba a dictarse, se apiñaba a la puerta del Senado tan compactamente que costaba gran esfuerzo a los pretorianos abrir paso a cada senador. La multitud, entonces, retrocedía empujándose, y de entre la confusión del gentío salían voces de elogio, aplausos o frases de mordacidad y de insulto, según las simpatías de que gozaban los magistrados.

Al abrirse paso a la litera de Marcos el Joven, el pueblo prorrumpió en aclamaciones, que el senador escuchó con benévola sonrisa, sin fatuidad ni orgullo. No despreciaba al pueblo, pero sabía la facilidad con que se le conquistaba halagando sus instintos y juzgaba que no había de sentirse envanecido por su popularidad. Sin embargo, con frecuencia decía que entre patricios y plebeyos prefería a éstos, cuyas costumbres no estaban tan corrompidas y cuyos corazones se conservaban sinceros.

Momentos después de Marcos apareció la comitiva del César y al verle la multitud estalló en aclamaciones, unos deslumbrados por su lujo y otros temerosos de su crueldad. Nerón iba tendido en un soberbio carro con incrustaciones de piedras preciosas, arrastrado por seis caballos blancos con herraduras de oro. Vestía una túnica blanca y una toga de color amatista, color que estaba prohibido usar a los simples mortales; ceñía su frente una corona de laurel y en su semblante idiotizado, que la barba roja hacía más repulsivo, se reflejaban juntamente la vanidad y el hastío. Miraba al pueblo con ojos entornados, halagado de los aplausos. Alguna vez llegaban a sus oídos frases de odio y de maldición, palabras de burla y de insulto, pero hacía como que no las oía.

Nerón, que tenía todas las vanidades, se creía el mejor orador como el mejor poeta y el mejor músico; por eso quiso ser él mismo quien diese cuenta a los senadores de la ley que había redactado—y había bautizado ya con el nombre de "ley neroniana"—para lucir sus divinas facultades oratorias. Habló largo rato, interrumpido varias veces por sus más adeptos, que aparentaban estar arrobados. Cuando terminó se oyeron las más ridículas aclamaciones y los más exagerados elogios que dictaba el miedo. Marcos esperó a que terminase la tempestad de halagos y luego púsose en pie, atrayendo con un ademán las miradas de todos.

Los ojos se volvieron a él con asombro, con estupefacción. ¿Era él, que gozaba de generales simpatías, quien iba a hacer el sacrificio inútil de su vida? Callaron todas las bocas, latieron con emoción todos los corazones, como en los momentos en que un gladiador, en el circo, se acercaba a la fiera desafiándola...

Con pasmosa serenidad, sin que la sonrisa se apagara de sus labios, fué Marcos el Joven deshilvanando su discurso. No parecía oposición su alegato, sino un agradecimiento al César que abandonaba las labores de arte que el cielo le

había encomendado, para cuidarse del bienestar de los miserables romanos.

"¡No y mil veces no!—gritaba Marcos indignado—. Yo no puedo consentir el sacrificio de tu divino arte, que es antes que todo. Deléitanos con la magia de tu lira, enloquécenos con la excelsitud de tus versos, pero no desciendas de tu alto sitial de artista."

Con frase de duro desprecio fustigó a los senadores por no saber admirar al César en lo que realmente era admirable, por consentir que perdiera su precioso tiempo en minucias indignas de su divinidad.

"Tú no eres un simple mortal—terminó diciendo—. No eres siquiera un simple emperador como tus antecesores. Tú eres un dios y por lo visto soy yo sólo el que aquí lo cree. Los que aplaudan esa ley, es que te creen un vulgar magistrado. Los que pidan que rompas el papiro en que viene escrita, es que la creen indigna de ti; es que creen que tu misión está mucho más alta. Ahora, vosotros diréis. Yo me cruzo de brazos para ver quiénes son los que juzgan a nuestro César un vulgar magistrado y quiénes son los que le creen dios."

El efecto de estas palabras fué calofriante. No escapaba a ninguno la malicia con que estaban dichas y la peligrosísima situación en que les colocaba. Decir que rasgara la ley era humillar al César en su proyecto. Decir que la aceptaban, era negar la divinidad de Nerón. No atreviéndose a decidirse, se optó por la afirmación que todo lo excusaba:

—¡César es dios!

—Pues si lo creéis así, aplaudid lo que voy a hacer.

Rápidamente fué a postrarse a los pies de Nerón y dijo con acento de emoción sincera—porque sabía que se jugaba la vida con aquella audacia:

—¡Divinidad, dame el papiro en que está escrita esa vil prosa! Tú sólo puedes escribir en verso. Si por exceso de bondad con tus súbditos quieres descender hasta ocuparte de sus pecados, yo daré mi vida antes que consentirlo. ¡Deja que muera rompiendo esa ley y proclamando que no eres magistrado, que eres dios, dios, dios!

Subyugados por la osadía, los senadores prorrumpieron en aplausos de entusiasmo. Nerón, envanecido hasta el delirio viendo cómo se proclamaba su divinidad, dió a Marcos la ley para que la rasgara y dijo conmovido:

—Agradezco tus palabras que me recuerdan mi deber. Yo me debo al arte, para el que los dioses mis padres me han hecho descender al mundo. Mañana nos reuniremos en el Circo Máximo, para que asista también la plebe, donde improvisaré con mi laúd y repetirás lo que aquí has dicho. Tienes razón. Petronio y tú sois los únicos que sabéis comprenderme y que me habláis con sinceridad. Rompe eso y no se hable más de asunto tan vulgar y grosero.

Enorme fué la impresión que causó en los senadores el imprevisto resultado de la violenta situación. Sus pechos se ensancharon en un unánime suspiro de tranquilidad y la más delirante de las ovaciones estalló al terminar de hablar el emperador—no porque de buena fe creyeran lo que dijo Marcos y aceptaran la proclamación de divinidad, sino porque les era mucho más cómodo no comprometer su criterio en la ley absurda y salir del trance quemando incienso una vez más en honor del César—, y Nerón, al que nada halagaba tanto como el aplauso, salió del Senado rebosando felicidad. ¡Lástima que Poppea no hubiera escuchado aquellas aclamaciones! Pero las escucharía al día siguiente en el circo, como todo el pueblo, y su alma quedaría de nuevo subyugada por la gloria de su divino amante.

Al retirarse Marcos, los senadores le felicitaron con efu-



sión, aunque envidiosos del ascendiente que iba a ganar con el emperador por su oposición convertida en estupendo elogio. Al salir a la calle, la plebe, que estaba sabedora de lo ocurrido, le recibió con grandes muestras de entusiasmo y regocijo, porque todos interpretaban de igual manera su genial inspiración. No era un secreto para nadie que su cómico alarde de admiración al César había sido sólo un subterfugio para burlar la implantación de la ley nefasta y ridícula. Y el pueblo, que estaba harto de soportar la vanidad y la depravación de Nerón, pero que prefería tolerar sus vicios a tener que sufrir sus crueldades, gozaba lo indecible cuando se le presentaban ocasiones de reír a su costa y escarnecerle.

Este entusiasmo de la plebe sobrecogió a Marcos, más que las mordaces felicitaciones de los senadores, y con toda su alma hubiera deseado ser recibido con hostilidad. A punto estuvo de gritarles nervioso: "¡Silbadme, imbéciles, silbadme! ¿No véis que aplaudiendo así acabaréis por hacer sospechar a Nerón la verdadera causa y me perdéis irremisiblemente?"

Dió orden a sus esclavos de conducirle a su casa con rapidez y por calles apartadas. Bajó las cortinillas de su litera para no ser visto de la multitud y, una vez en su tablinium, permaneció esperando con ansiedad las noticias que sus amigos le llevasen.

El primero en acudir fué Séneca, su maestro. Había estado departiendo con Nerón, que se mostraba satisfecho como nunca, sin la menor sospecha de la sagaz superchería. Se había arrollado un velo a la garganta, para evitar un enfriamiento que alterase su portentosa voz y se había acostado en seguida, con objeto de reposar para presentarse en el circo con todas sus excelsas facultades. Se prometía una

jornada gloriosa; decía que haría llorar al público con su arte sin semejanza...

—¿No tengo, pues, nada que temer?

—Nada, si mañana la plebe se muestra arrebatada por las ridiculeces que haga el César; pero prepárate a huir o formar en las legiones que combaten a los parthos o a los germanos, si la plebe ríe y alguien murmura tu nombre al oido de Nerón como causante de su ridículo para un éxito de política.

Marcos no quiso salir de su casa, ni recibir nuevas visitas, ni tomar determinación alguna. Con verdadero estoicismo esperó que los acontecimientos le marcaran el camino a seguir y se propuso acudir a la fiesta del circo como espectador indiferente que sólo interviene para solazarse sin preocupaciones y sin que el resultado de la fiesta hubiera de tener derivación alguna para él.

El Circo Máximo no era el único de Roma, ni siquiera el más lujoso. Nerón tenía motivos para preferir el Vaticano, que fué comenzado en tiempos de Calígula y Nerón terminó, o el Circo Adriano, que él había empezado a edificar en los jardines de Domicix. Al designar para esta fiesta el Circo Máximo lo hizo pensando sólo en el público que le oiría, porque este circo, situado entre el Palatino y el Aventino, había sido agrandado por él hasta permitir una cabida de 250.000 personas. Y Nerón deseaba el mayor número de admiradores para que le aclamasen.

Con rapidez vertiginosa se hicieron todos los preparativos, se anunció que en las gradas destinadas a la plebe podría entrar sin gasto alguno quien quisiera aplaudir al César y que, llegado el momento en que éste se dignase cantar sus propios versos para demostrar su mérito a la ciudad, la puerta triunfal sería abierta para que todo el pueblo pudiese entrar a gozar el divino espectáculo desde la arena de la pista.

La ciudad entera se conmovió al anuncio y se dispuso a acudir en masa con idea de divertirse a costa de su emperador, que cuando no se mostraba cruel se mostraba ridículo. Cuando las puertas laterales o vomitorias fueron franqueadas, el público invadió el circo con inusitado alborozo y tanta era la gente congregada dentro y en sus proximidades que la procesión de la fiesta apenas encontró público en las calles para aplaudir.

La procesión o cortejo se formó en el Capitolio, como de costumbre, atravesó el Foro, el vicus Tuscus, el Boario y el Velabro, y fué a entrar al circo por la gran puerta situada al lado de las cuadras o cárceles. Iba presidida por el magistrado que había de dirigir la fiesta, con su toga de púrpura y montado en un carro de dos caballos, como correspondía a su dignidad de pretor. Tras él iba un esclavo llevando una corona de oro y un cetro de marfil rematado con un águila. Formaban luego los clientes, con togas blancas, y la juventud ilustre, a pie o a caballo. Detrás, los que habían de tomar parte en la fiesta, conductores de carros, caballistas, luchadores y bailarines, con música en cada grupo, cerrando la comitiva los sacerdotes acompañando a las imágenes religiosas en andas y sus símbolos y atributos en carros ricamente adornados y conducidos por jóvenes de la nobleza. Llevaban también imágenes del emperador y de su familia, que el público acogía juntado las manos para aplaudir, pero abriendo la boca a la burlona risotada.

Al entrar la comitiva en el circo, el público se puso en pie para admirar el vistoso desfile con el acostumbrado entusiasmo. Cuando el presidente ocupó su palco junto a la puerta principal y dió orden de comenzar la fiesta, el aspecto

del circo no podía ser más pintoresco, más alegre por la satisfacción que exteriorizaba el público, ni más imponente por el exorbitante número de cabezas que se veían apiñadas.

En las gradas de piedra, como en las de madera, hubiera sido imposible hacer sitio para colocar a un niño. Las mujeres estaban sentadas en las rodillas de los hombres, muchas abrazadas a ellos con la impudicia de que era moda hacer gala y vestidas tan ligeramente que desnudas con gracia se les podía decir. Iban con el rostro pintado, peinadas en formas extravagantes, llenas de joyas deslumbradoras y reían a carcajadas, cambiando signos de lujuriosa significación con los hombres que no las tenían al alcance de sus manos, mostrando con desvergüenza la gloria de su oprobio.

Sus maridos, sus amantes, sus hermanos o sus hijos, no mostraban la menor inquietud ni parecían apercibirse de lo que hacían ellas. Todo el mundo sabía que en las fiestas del circo estaba permitida toda libertad, estaba bien visto cualquier desenfado. Los maridos o amantes se separaban prudentemente de sus mujeres para no ocuparse más que de la amiga que había ido a buscar asiento en sus rodillas o de la que la casualidad había colocado a su lado o a su espalda. Se tendían casi en el asiento, para hallar apoyo cálido entre las piernas de la que estaba detrás, la que separaba las rodillas, para comodidad de todos, consintiendo de buena gana el contacto que llegaba a lo más íntimo del regazo. Las manos se perdían bajo los finos mantos femeninos o entre las togas de los hombres, y frecuentemente se oía jadear sin recato a alguna pareja que, sentada ella sobre él y de espaldas, habían hallado la manera de acoplar los sexos. Una ola de sensualidad invadía todos los sentidos y ni aun las personas que se tenían por más sensatas podían evadirse de la tentación del ejemplo.

Al aparecer los gladiadores circulaba de boca en boca el nombre de sus amantes, se contaban a gritos sus últimas aventuras amorosas, se decía lo que habían cobrado por rendir a una patricia y las pruebas de virilidad que habían dado. Los hombres comentaban con grandes risas, apostando entre ellos si eran capaces de competir, y las mujeres escuchaban comiéndose con los ojos a los protagonistas de tales hazañas y apretujándose contra el vecino que les cayó en suerte.

Debajo del podium, el palco del emperador, llamado cubiculum, estaba igualmente atestado de distinguidos patricios y nobles matronas. Tenían entrada en él los que formaban el jurado de los juegos, los senadores, pretores, principales magistrados, personajes importantes, augustanos, etcétera. Entre ellos se sentaban las vestales—que creían compatible el sacrificio que de su virginidad hacían al ser sacerdotisas de Vesta, con la asistencia a tales fiestas—y las mujeres de elevado rango. Y el espectáculo que acostumbraban a dar con su elegante impudicia se diferenciaba muy poco del que ofrecía la plebe en sus gradas.

Nerón no había comparecido aún. Siguiendo su norma de procurar la mayor teatralidad a todos sus actos, esperaba que terminasen las carreras y luchas dispuestas para caldear los ánimos, eligiendo como momento propicio para presentarse al público cuando éste estuviese preparado por el excitante espectáculo para tributarle la mejor acogida.

Marcos sí se hallaba en el cubiculum desde el primer momento, soportando con indiferencia los plácemes irónicos de los augustanos y magistrados, como si no se refiriesen a él. Cuando dieron comienzo los juegos y la atención de todos se concentró en las carreras de caballos, afición que dominaba y espectáculo que absorbía, Marcos, creyendo librarse así de comentarios intencionados de sus amigos, fué a

sentarse tras el grupo que formaban los favoritos de Nerón, casi disfrazados de mujeres, entre los que se hallaba Pythágoras, notable por su belleza, cuyos cabellos se deslizaban hasta sus hombros en hermosos bucles salpicados de oro en polvo.

En aquellos bancos, los últimos del palco, el exceso de público se hacía más notable. Quizá suponía un atractivo su situación retirada, que quedaba libre de la vista de las gradas, y el no haber ya tras ellos sino el muro, contra el que sólo permanecía en pie algún rezagado. Marcos no buscó estos asientos como más propicios a distracciones inconfesables, pero queriendo huir de sus amigos se halló de lleno entre los dominados por la lujuria, que hacían alarde de escandaloso descaro.

Al apercibirse Marcos fué a levantarse con indignación, pero un brazo mórbido y blanco le detuvo con suavidad, mientras la esposa del prefecto del pretor le preguntaba melosamente:

—¿Querrías dejar mi vecindad, cuando iba a felicitarte por tu éxito de ayer?

—Perdona, patricia; no me había fijado en la suerte de sentarme a tu lado. Me había distraído cierto espectáculo, que juzgo el más repulsivo.

—¿Por qué?—le preguntó la matrona sonriendo y sin apartar ya su brazo desnudo del hombro del tribuno—. Cada cual debe ser libre en sus preferencias, y puesto que el mismo emperador da el ejemplo, no puede extrañarnos que tenga imitadores. Pero... mucho me complace que tú no pienses del amor, de la belleza como piensan esos. Serían una lástima...

La matrona inclinó la cabeza hasta rozar con sus cabellos las mejillas del joven senador. Marcos sintió un sobresalto y recordó las mil aventuras atribuídas a aquella opulenta patricia...

Era rubia, blanca, gruesa. Casada con el prefecto del pretor, sabía aprovecharse de su alto rango para dar rienda suelta a su temperamento impetuoso, sin frenos ni disimulos. Cuando un hombre le interesaba, por su belleza o su gloria o su robustez, se insinuaba sin miramientos y le enseñaba la entrada secreta de su dormitorio. Y era fama que por éste habían desfilado los más gallardos mozos de la juventud patricia, alternando con casi todos los músicos, gladiadores y guardias del pretor.

Marcos vió en la voluptuosa mirada y en la condescendiente sonrisa de la matrona un claro deseo y una elocuente invitación, pero estaba demasiado inquieto su espíritu por la grave aventura política en que se había envuelto para que una aventura erótica pudiera atraerle. Hizo como que no comprendía las disposiciones de la patricia y procuró llamar su atención sobre las cuádrigas de camellos—novedad mandada por Nerón— que en aquel momento cruzaban la pista disputándose el premio de la carrera.

La noble dama pareció interesarse también por los camellos y, sin duda para ver mejor, se incorporó un poco, sentándose luego por equivocación sobre las piernas del vecino. Marcos hubiera querido rehuir el contacto, pero temió desencadenar contra él una tempestad de odio de aquella mujer, cuyo esposo era gran amigo suyo y era la suprema autoridad de Roma, después del César. Soportó la carga sin protestar, pero sin aprovecharse tampoco de su ventajosa situación, y cuando la exuberante señora volvió la cara para preguntarle sonriendo:

—¿Te molesto mucho, Marcos amigo?

El joven senador respondió con una frase de galantería que la matrona interpretó a su modo.

—No será, sin embargo, porque no pese, y ahora puedes comprobar la falta de razón con que el vulgo me calumnia diciendo que soy una mujer ligera...

Sonrió Marcos a la frase, y la distinguida dama, que sin duda quería valerse de la ocasión para rehabilitar su buen nombre y el honor de su esposo, mostróse verdaderamente empeñada en convencer al tribuno.

—¿Cómo podría ser una mujer ligera, con la talla que tengo y esta abundancia de carne? Comprueba por ti mismo, Marcos amigo—y tomó las manos del senador apoyándolas en las partes que iba nombrando y obligándole al detenido reconocimiento—. Pocas mujeres romanas podrán vanagloriarse de poseer tan ampulosas las curvas de las caderas, ni los muslos tan redondos, ni esa esfera tan desarrollada y compacta... ¿No te parece? Yo no diré que estas líneas correspondan a las de Venus o las de Diana, pero sé que no están exentas de belleza y reunen las condiciones que más placen a los hombres... ¿No crees, joven patricio? Bien que las estatuas, para admirarlas, tengan las líneas finas, esbeltas, poco pronunciadas; pero la mujer no ha nacido para la admiración, que es éxtasis del alma, sino para el amor, que es principalmente placer de los sentidos. Y la experiencia dice que el mejor aliciente del amor y el mayor estímulo de los sentidos es la curva procaz, la carne abundante y prieta... ¿No opinas tú así?

Marcos comenzaba a confundirse en sus opiniones. Cierto que él había ido al circo por algo que no era el deseo de una aventura amorosa; cierto que el cinismo de la gente en los espectáculos públicos era una de las depravaciones que él fustigaba más—podía pecarse, pensaba, pero debía tenerse el pudor del pecado—y cierto también que la esposa del prefecto nunca le había inspirado sino lástima por el fuego de sensualidad en que se consumía, pero... éstas y otras consideraciones iban desapareciendo de su pensamiento. La provocativa dama, vestida sólo con un manto de seda y una túnica íntima de fina gasa, no sólo hacía sentir al joven patricio un peso respetable y la agradable tibieza de su cuerpo, sino la dulce suavidad de la piel perfumada. Las manos del senador, que sólo a indicación de ella se habían posado sobre sus procaces curvas, encontraban tan agradable el tacto que ahora no sabían apartarse. La esposa del prefecto, que no cumpliría ya los treinta años, no poseía la esbeltez de Diana, como ella misma había dicho, pero sí una abundancia y una dureza nada despreciables. Y comenzó a sospechar que los adolescentes y los gladiadores a quienes la voz pública indicaba como amantes de una noche de la rolliza señora, no debieron pasar muy aburridos el tiempo.

La dama, notando que el que la soportaba se entretenía sin necesitar nuevas insinuaciones, creyó oportuno interrumpir el diálogo y activar la acción muda. En aquel instante pasaban ante el palco los famosos caballistas, sosteniéndose de pie o de rodillas en las ancas de sus caballos que corrían en desenfrenado galope. El público les seguía con los ojos ávidos, sin atreverse casi a respirar, esperando que de un momento a otro iban a perder el fantástico equilibrio y rodar por la arena. Pero los jinetes, sonrientes, desafiadores del peligro, seguían azuzando a sus caballos para ganar la carrera y, en un alarde de destreza y de valor, se tendían sobre el lomo del animal, sosteniéndose de sus crines con una mano, mientras con la otra rozaban la arena y recogían un objeto que habían dejado caer expresamente en la vuelta anterior.

La emoción enorme del público estallaba en aplausos frenéticos.

La esposa del prefecto, atraída por el emocionante espectáculo, se incorporó, sosteniendo su manto por ambos lados, como si también fuese a correr ella y hubiera de facilitar el libre movimiento de sus piernas. Por un instante pareció olvidarse por completo del joven senador, que quedaba sentado a su espalda, para concentrar su atención en las carreras, y tan distraída debía estar mirando a la pista que no se dió cuenta de que sus manos alzaban su manto en demasía y ofrecían a Marcos otro espectáculo de muy distinta índole.

De pronto volvió a sentarse, olvidando bajar el manto, y el joven patricio sintió sobre sus piernas y sus manos la carne de la espaciosa matrona, sin velo alguno. Algo así como una corriente eléctrica sacudió los nervios del astuto orador, y, obedeciendo a un instinto irresistible, sus manos recorrieron la dilatada superficie que de finísima seda parecía, sin que los dedos pudieran hundirse en la pródiga dureza y pasando y repasando con obstinada delicia por los bordes redondos de la suntuosa esfera, que constituía, quizá, el más incitante atractivo de la caprichosa dama. Por su parte, la matrona, agradecida al interés que Marcos iba demostrando por sus bellezas, facilitaba el tacto cuanto podía, ladeándose sobre su asiento para mirar a una parte u otra de la pista, separándose un poco para dejarse caer como mejor convenía.

El público aclamaba a los corredores, incitaba a sus favoritos, gritaba con enardecimiento. En el palco del emperador reinaba la misma fiebre, sin que nadie se preocupase de lo que ocurría a sus espaldas. Marcos se olvidó de todo, para sólo pensar en la fastuosa hermosura que acariciaba, y su virilidad se acusó bajo la toga con energía y con imperio.

Esta prueba de entusiasmo fué notada en seguida por la distinguida señora, que quiso corresponder a ella en la forma que le era dable. Una leve contracción de riñones le proporcionó la colocación exacta y unos leves y lentos balanceos que agravaban el contacto estuvieron a punto de dar al traste con la acostumbrada austeridad del joven senador.

Si Marcos pudo demostrar entonces que no era un niño, lo debió a la casualidad de que las carreras terminaban en aquel momento, y las músicas anunciaban ruidosamente la presencia del César en el circo. Los patricios que ocupaban el cubiculum, como todos los espectadores, se pusieron en pie. La esposa del prefecto se alzó y alisó rápidamente su manto, sin que en su rostro se observase la menor alteración. Marcos quedó en pie a su lado y Nerón hizo su entrada triunfal en el palco de honor, acompañado de la hermosa Poppea y seguido de un enjambre de augustanos y servidores.

Si escaso resultaba antes el palco para contener a tanta gente, figuraos cómo resultaría ahora con la entrada de tanto personaje. A duras penas pudo pasar Nerón hasta la balaustrada, donde recibió el aplauso de salutación que su pueblo, feliz porque se divertía, le prodigó durante buen rato. Los senadores cambiaron de sitio para ofrecer sus asientos a los recién llegados, y, aprovechando la confusión de este primer momento, la esposa del prefecto quiso cambiar de sitio también y tomó a Marcos de la mano, conduciéndole a un rincón del palco, donde quedaron casi aplastados por la muralla de palatinos.

—Aquí no veremos nada—dijo Marcos—, y me interesa en gran manera presenciarlo todo.

—¿Para qué?—respondió la dama—. Cuando el César

comience a cantar se hará un silencio absoluto. Podremos oír su divina voz y nos deleitaremos sin necesidad de ver.

A Marcos le pareció que las últimas palabras de la matrona encerraban una segunda intención, y estuvo tentado de decirle que la presencia de Nerón había enfriado sus ánimos para no dejarle pensar sino en las consecuencias que para su vida iba a tener el canto del César. Pero ella le volvió la cara sin esperar réplica y no hubo modo de huir la presión del opulento cuerpo que, obligado por las apreturas de tanta persona, se pegaba a él, traspasándole su calor.

Trabajo costó imponer el silencio, porque al abrirse la puerta triunfal para dejar entrar a la plebe, como se había anunciado, y al invadir ésta la pista, se produjo un alboroto que parecía interminable. Al fin se consiguió que callasen todos, y entonces Nerón, dejando caer su toga con arrogancia, se puso en pie ante la balaustrada y comenzó a tañer su laúd, incrustado en esmeraldas y zafiros.

Los versos de Nerón no eran realmente malos, aunque ninguno mereciera pasar a la posteridad; eran comparables a los que hoy escuchamos en cualquier fiesta de homenaje o Juegos Florales. Su voz, sin ser potente, no era desagradable ni forzada. Tenía cierto gusto y verdadera afinación. Se hubiera dicho que era otro cualquiera el artista y el público se hubiese mostrado satisfecho; pero la sin igual vanidad de aquel hombre predisponía en contra, y el hecho de ser el emperador quien se prestaba a actuar como un cantor de oficio indignaba a los más severos y hacía reír a los más superficiales.

Fuese porque en realidad esta vez se excediese a sí mismo o porque el público estaba dispuesto a entusiasmarse fácilmente, es lo cierto que fué escuchado en silencio, y al terminar su primera canción fué premiado con ardorosos aplausos su doble arte de poeta y músico. Poppea lloraba de enternecimiento; los augustanos y senadores alzaban al cielo los ojos y los brazos, como indicando que sólo los dioses eran capaces de tales maravillas, y Nerón se emocionó tanto que hubo de sentarse para no caer en brazos de sus familiares.

Marcos respiró con fuerza, como si se hubiera quitado del pecho un peso muy superior al que gravitaba sobre él, en forma de mujer rubia y caprichosa. Creía haber ganado la partida, y cuando el César volvió a imponer silencio para entonar otro poema, al notar entonces que su atención era requerida desde más cerca, se despreocupó de Nerón para corresponder al interés de que era objeto.

La avivante matrona, sin que Marcos se diese cuenta antes, había tomado sus manos y, pasándolas bajo sus brazos, se las había colocado sobre sus senos, como para que los protegiese contra la presión del que estaba de espaldas ante ella. Tranquilizado el patricio, se apercibió ahora de las turgencias que sus dedos oprimían y buscó con cuidado entre el manto de seda dos picos para acariciar con suavidad. Su solicitud tuvo un efecto inmediato. La sensible dama volvió la cabeza, rozando su mejilla contra los labios del senador, y a la vez sus flancos iniciaron los lentos balanceos que antes hicieron perder la calma al joven patricio.

Las rodillas de él se hundieron contra las robustas columnas tibias; sus manos, abandonando los asideros de vanguardia, descendieron a las robustas ánforas laterales y a las fastuosas prominencias posteriores. La dama, ahora mejor resguardada que antes, volvió a subir sedas y gasas, y la carne fresca y suavísima quedó ofrecida al tacto pleno.

Aquello iba siendo demasiado, y no era aún todo. Una mano ensortijada buscó entre la toga del patricio, y al hallar lo que deseaba lo oprimió amorosamente, lo acarició con

ternura y acabó conduciéndolo con maestría al lugar donde podía hallar sabrosa hospitalidad.

—Perdona, Marcos amigo—susurró la dama volviendo la cabeza—, que por esta vez no te ofrezca alojamiento más digno de ti. La situación no es para otra cosa.

Rió Marcos la cómica frase, y pensando que el plato no era despreciable y sí abundante y sugestivo, buscó hospitalidad, que de tan buena gana y en tan propicia disposición se le ofrecía. La dueña de la suntuosa belleza, contaminada de la corrupción de la época y poco avara de sus hermosuras, las concedía sin distinción, por lo visto. No tuvo que luchar mucho el peregrino para acomodarse a su gusto, y aunque esto debió hacer considerar al patricio que tal vez una legión de pretorianos había pasado antes que él por la tortuosa senda, halló tan agradable la cosa, que a los pocos segundos se desvanecía de felicidad, ayudado eficazmente por los acompasados balanceos de las firmes prominencias.

Después... una sonrisa de la dama y para el senador un nuevo motivo de indignación contra sí mismo. ¿Era posible que se hubiera idiotizado hasta el extremo de imitar a los degenerados augustanos y a la plebe inconsciente, olvidando toda su dignidad, insultándose a sí mismo? ¿Qué fuerza avasalladora tenía la corrupción reinante, que a tan repugnantes extremos conducía? ¿Qué porvenir podía esperar a una ciudad que se envolvía en la abyección?

Nerón, el emperador de los romanos, el conductor de la grandeza de la patria, cantando ante el público como un vulgar histrión, haciendo cómicos gestos, entornando los ojos como una bacante para que su pueblo le proclamase dios, después de haber sido el amante de su madre y su asesino y después de haberse casado con un esclavo. Los magistrados, los senadores y los nobles, temerosos de la cólera del César ridículo, fingiéndose arrobados por su arte y restregándose contra las patricias más consideradas. El pueblo, embrutecido, apretujándose en la arena y en las gradas, simulando admiración a su emperador y buscando lujuriosos contactos. Allí cerca, un sabio, Pythágoras, con los cabellos rizados y vestido casi como mujer, dirigiendo lánguidas miradas a sus amigos. El mismo Marcos, senador y filósofo, que había provocado la indigna fiesta para evitar una ley más indigna aun, se perdía el respeto a sí mismo y se entregaba en el palco de honor a una escena de lascivia vergonzosa...

Marcos, el joven, se sintió humillado, enfurecido contra todo y contra todos, maldiciente de los dioses que consentían tales corrupciones, de la sociedad que caía en tal abyección..., y salió del cubiculum haciéndose paso a codazos; corrió por el pasillo y por las escaleras y abandonó el circo para refugiarse en su casa, lejos de la desmoralizada multitud que aplaudía a su emperador en rivalidad con los cantores de oficio.

Poco después que él entraba Séneca en casa de su buen discípulo.

V

RHODIS

Séneca, su maestro, había dicho a Marcos:

—Finge un poco con los augustanos y con los senadores, tus amigos de ayer y tus enemigos de hoy. Están en camino de odiarte, porque tu sagacidad te dió la gloria de evitar al Senado el borrón de aceptar una ley imbécil, y ha proporcionado al César un día de envanecimiento. Te ven en situación ventajosa ante Nerón y temen que te aproveches para elevarte demasiado. Obséquiales con un buen banquete y hazles ver que eres lo bastante imbécil para creer de buena fe que Nerón es dios, que no das importancia a tu triunfo y que no piensas aprovecharte de él.

Marcos había bajado la cabeza meditativo y había contestado luego:

—Desprecio a mis colegas como les desprecias tú, maestro. ¿Seré lo bastante cómico para fingir ante ellos? ¿Sabré permanecer al nivel de su incapacidad y de su miedo?

—Beberás en abundancia y te ayudará el vino.

—¿Me fortalecerá tu presencia?

—No lo esperes. Antes de que salga el sol habré marchado de Roma. Me ahogo aquí, y no quiero presenciar el embrutecimiento de ese hombre, que fué mi discípulo. Su degradación es mi mayor fracaso, y me agobia el pensamiento de que tal vez crean las generaciones venideras que me alcanza responsabilidad en las monstruosidades de Nerón por haber sido su maestro. Al menos, en el campo, no presenciaré espectáculos ridículos como el de ayer, o repugnantes como los que da cada día su Corte de favoritos perfumados.

Séneca y Marcos se abrazaron y se separaron en silencio. El joven senador volvió a su tablinium y no se acostó hasta haber escrito un montón de epístolas a los que consideraba menos indignos de su amistad. La última que escribió decía así:

"*Marcos a Julia Traciana.*

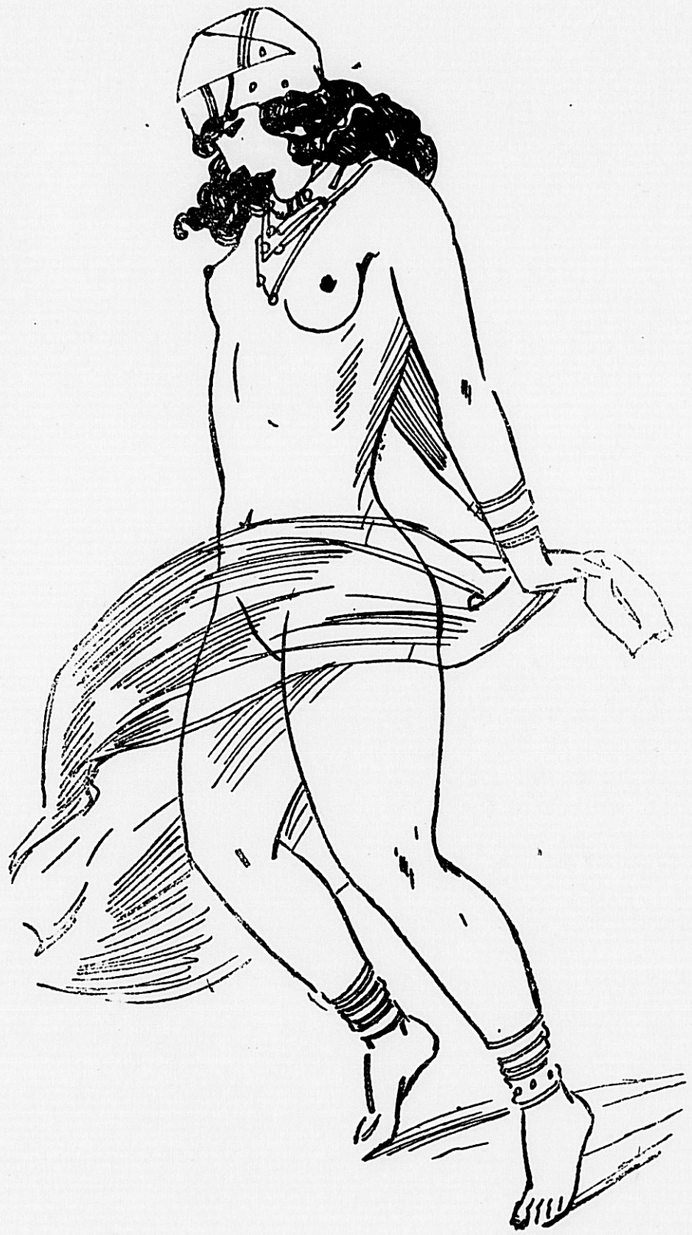
Esta noche, amiga, reuniré en mi triclinium a los que están próximos a ser mis enemigos. ¿Quieres prestarme a tus danzarinas de Alejandría para amenizar nuestra cena?

Me dijiste una palabra para encorajarme en la lucha; pero he aquí que la lucha comienza ahora. Y no es que la tema. Decisión no me ha de faltar ni... *confianza.* ¿No era esto?

Te saludo, carísima."

Ordenó a un esclavo que al siguiente día, de buena mañana, repartiese sus cartas, y él acudió al Foro más pronto que de costumbre para repetir de palabra las invitaciones que por escrito había hecho.

Bien observó que a su llegada se deshacían repentina-



mente los habituales corrillos de comentadores y todos volvían la cabeza a él y las conversaciones se interrumpían. Los que se hallaban curioseando ante las paradas de sederías, bronces, joyas o libros, dejaron las mercancías para acercársele, como también los desocupados que se sentaban en los pedestales de las estatuas de Cástor y Pólux o a la entrada del templo de Vesta. Despertaba interés, expectación; pero hizo como que no se daba cuenta, sonriendo con la naturalidad de siempre.

Rehuir la murmuración era difícil. Escuchó cuantas ironías se dijeron sobre la fiesta del circo y el canto del César; aguantó el chaparrón de epigramas que se hacían a su costa, sabiéndole enamorado de una viuda; pero no respondió sino con risas, como si todo le hiciera mucha gracia. Luego marchó a las Termas, donde hizo lo mismo, y más tarde al acostumbrado paseo de los elegantes, donde fué objeto de igual interés, y no se atrevió a bajar de su litera por el mayor temor y desprecio que le inspiraba esta gente.

Ahora era cuando Marcos se daba cuenta del buen consejo de su maestro. Cierto que en un día había ganado más popularidad que el mismo Séneca en muchos años de explicar su ciencia; pero la clase patricia no le perdonaría que hubiese recurrido al subterfugio de proclamar dios al César y que toda la ciudad hablase de él como del hombre más notable de Roma. ¿Cómo decir a esta gente que no le importaba la popularidad y que se reía de la vanidad de Nerón, sin exponerse a que cualquiera le delatase para ganar el favor del César?

Hacerse el ignorante del ambiente que se formaba a su alrededor o el indiferente a su popularidad era lo más acertado, pero lo más difícil de aparentar.

Se hizo conducir pronto a su casa; pero por prisa que se diera no llegó antes que sus invitados. Era el hombre del día; absorbía la actualidad y todos deseaban acercársele. Los amigos pensaban que el banquete tenía su motivo, y mientras le esperaban en el segundo vestíbulo, unos decían que Marcos trataba de agrupar a los que más confianza le merecían para formar un grupo que se apoderase de la voluntad del César, buscando la manera de nombrarle dios favorito de los romanos, para que sólo se ocupase de su pretendido arte, dejando el gobierno del imperio en manos de los senadores. Otros decían que el banquete no tenía más objeto que un anuncio de boda.

Marcos se presentó con jovialidad y apariencia de hombre despreocupado. Pidió que se esperase a los otros invitados, y cuando estuvieron todos reunidos pasaron al triclinium, engalanado con suntuosidad, donde ya el primer servicio les esperaba en la amplia mesa.

—Una cena sin mujeres será un poco triste al final, Marcos amigo—dijo uno.

—¿Quién te ha asegurado que no las tendremos?—replicó el anfitrión sonriendo—. Calma tu impaciencia y espera la hora de las sorpresas.

—¡Hola! ¿Hay gato encerrado?

—No hay más que unas esclavas bellísimas que me han sido cedidas para una noche. Alguno de vosotros ya las conoce, y seguramente su presencia será del gusto de todos. Comamos primero, que ellas esperarán.

— Y hablemos mientras, ¿No tienes nada que decirnos, Marcos?

—¿Sobre qué punto?

—Sobre política.

—No es la política lo que más me interesa desde hace

algún tiempo. Mi maestro Séneca me ha hecho apasionarme por la filosofía y mi amigo Lucano por la literatura.

—Bien otras son las apariencias. ¿A qué obedeció, pues, tu famosa intervención de anteayer en el Senado?

—Si queréis que os hable con franqueza—respondió Marcos con tranquilidad, que se acercaba a la indiferencia—, os diré que obedeció a un impulso repentino. Yo había oído decir que alguien pensaba oponerse a la ley proyectada por el César, y viendo que nadie hablaba quedé extrañado. Sin saber por qué, me acometieron grandes deseos de tomar la palabra. Cuando empecé a hablar no sabía lo que iba a decir. Por un lado me impulsó mi afición literaria; por otro, la costumbre de que las reuniones del Senado, desde hace tiempo, han sido siempre para oír recitar o cantar a Nerón, y... ¿qué queréis? A pesar de los consejos de Séneca, yo me hallo influenciado por la ola de frivolidad que domina sobre el imperio. En vez de enfrascarnos en problemas legislativos, me parecía más agradable pasar el rato con música y versos. ¿Hice mal, amigos? ¡No, no me contestéis todavía! ¡Hacedme el favor de probar antes estas ostras, regadas con samos, y decidme si no opináis que este soberbio vino da un sabor celestial al marisco.

Los invitados prestaron toda su atención al plato, conviniendo en su gusto exquisito. Cuando reanudaron la conversación, nadie hubiera sido capaz de decir que Marcos hizo mal en proclamar en el Senado la divinidad del César.

—Además—dijo alguien—, hemos de convenir en que nos hubiéramos cubierto de oprobio con la ley en cuestión.

—Yo no diré tanto—replicó Marcos—; pero recuerdo que Augusto, instaurador de nuestro segundo imperio, dictó la "ley Julia" contra el adulterio y la "ley Papia Popea" contra los delitos de los célibes. Con la justa aplicación de estas leyes creo que bastaría a contener la corrupción de hoy, y no sería necesario que un músico se meta a legislador.

—¿Crees de verdad que Nerón es músico?

—¿Qué duda cabe? Será mejor o peor, pero músico, indudablemente. Sus delirios, sus arrobos, sus éxtasis con el laúd en la mano, no los igualan su pasión erótica ni su afán de tiranía. Por eso, recordando la historia de sus antecesores, creo que el mayor beneficio que puede hacerse a Roma es estimular la inclinación de Nerón a la música.

—Y pedirle que no se fatigue con preocupaciones de gobierno, delegando esta misión en otras manos; ¿no es eso?

—Si vosotros conocéis manos aptas... Ya os he dicho que la política no me interesa mucho, y dejo esas cuestiones a vuestro criterio. Me conformo con los placeres de la lectura y de la mesa. Fijaos en este asado, pero ayudándolo con el licor de las vides de Egipto. ¿Qué me decís de uno y otro?

—Delicioso el vino y el asado. Pero has olvidado un tercer placer, superior al de la biblioteca y al de la mesa: el del lecho.

—¡Por Juno, amigo! ¿Te acomete la obsesión de la hembra?—preguntó Marcos riendo—. Bebe ahora, que todo se andará, y si lo gustas así, cambiemos el tema de la conversación y dejemos la política por el amor.

—El amor es el veneno de las almas.

—¡Ja, ja! Ocurrente estás, amigo. No hace mucho, en un banquete de cierta hermosa patricia, se dió esa frase como definición del César.

—Bien. Ahora sé sincero y dime por qué te ríes. ¿Es mi

plagio o es el recuerdo de esa patricia lo que te pone tan alegre?

Rió Marcos más todavía, y ordenó que se sacase el tercer servicio, los dulces y las frutas con vinos espirituosos. Los invitados, tranquilizados en cuanto a los planes de su amigo, no pensaban sino en comer y en emborracharse. Una franca alegría presidía la fiesta. Cualquier frase un poco ingeniosa era motivo para grandes carcajadas, y las copas rodaban con frecuencia sobre la mesa, derramando su contenido, al impulso de los oradores, que improvisaban discursos alusivos. Flores, trozos de pastel y frutas mordidas iban a la cabeza del charlatán, y todos se empeñaban en brindar, haciendo literatura cómica, por el gusto de ser abucheados por los demás. Los esclavos corrían con ánforas de cobre a mantener siempre llenas las copas de los invitados. Se hablaba a gritos y muchos de los comensales iban sintiendo pesados los párpados, mientras alguno escondía la cabeza bajo la mesa para aligerarse del exceso de vino.

—¡Eres un gran embaucador, Marcos!—gritó el que primero se había lamentado de la falta de mujeres—. Nos has hablado de la hora de las sorpresas, y esa hora no llega nunca. ¿Qué esperas? ¿Que estemos todos borrachos para que no podamos abrazar a esas princesas?

Marcos dió una orden y aparecieron en el triclinium dos bufones que se pusieron a remedar los gestos y las palabras de los personajes más populares de Roma. Pero los invitados de Marcos no estaban por histriones, y los recibieron echándoles frutas a la cara y rociándolos con vino.

—¡Queremos mujeres!—gritaban con la testarudez de la borrachera—. ¡Queremos mujeres! ¿Es que no hay clientas ni siquiera esclavas en esta casa? ¿Es que vamos a tener que imitar a Doryphorus y a Pythágoras?

Dió otra orden Marcos, y al momento se oyeron los alegres golpes de címbalos y sonidos de flautas y cítaras. Una porción de esclavas invadieron el triclinium, dando saltos y gritos, y los comensales que podían reconocerlas exclamaron entusiasmados:

—¡Las danzarinas de Alejandría! ¡Las autheidas de Julia Traciana!

Su graciosa entrada fué saludada con grandes aplausos y aclamaciones, y muchos invitados que deseaban gozar del sugestivo espectáculo, pero se notaban sin fuerzas para levantar la cabeza, pedían a los esclavos que les llevasen hojas de verbena para reanimarse, frotándose las manos y la frente.

Las danzarinas, bellísimas en su expresión y tentadoras en su casi desnudez, se colocaron como hicieron en el banquete de la viuda del procónsul: unas sentadas en el suelo y otras agrupadas en contacto de hombros. Un golpe de tambor dió la señal, y la música inició su suave melodía, que las danzarinas acompasaban con los pies y los brazos. Luego la música cambió de ritmo y de entonación; se hacía insinuante y perezosa, después lujuriosa y rápida, y las lindas jovencitas egipcias contorsionaban su cuerpo y daban al gesto la expresión del deseo carnal.

También esta vez Rhodis quedó en el centro de sus compañeras, representando el papel de púdica, con gestos de temor y ademanes ruborosos ante las procacidades de sus amigas. Estas balanceaban sus caderas, simulando entregarse a invisibles sátiros; ponían los ojos en blanco y suspiraban como en espasmos de placer; invitaban a la ruborosa a gozar como ellas y alzaban sus pequeñas kalasiris de gasa, mostrando todas sus bellezas con graciosa impudicia.

Aquí no había ninguna dama patricia para contener sus



impulsos con su presencia. Los invitados eran todos hombres y habían bebido demasiado para poder disimular sus deseos. Al terminar la primera danza, cuando las muchachas quedaban ante los comensales en actitud de ofrecimiento, con las rodillas separadas, arqueada la cintura, los brazos extendidos y alargados los labios, ellos, los senadores invitados, se lanzaron sobre ellas y las arrastraron a sus escaños.

Rhodis, la más bella de todas, antes de que nadie pudiera tomarla, corrió al lecho donde estaba Marcos y le besó las rodillas, según la costumbre de Alejandría. Los amigos no hicieron caso. Encontraban natural que el anfitrión se quedase con la primera danzarina, y fueron a repartirse las coristas, sin fijarse en lo que hicieran los demás, aunque resultaba que todos venían a hacer lo mismo.

La escena fué de un realismo brutal, indescriptible. Las danzarinas se habían dejado tender en los escaños, pero estirándose para alcanzar los restos del festín y sin dar la menor importancia a las manos que se disputaban su cuerpo, mientras las dejasen atracarse de pasteles y de vino. Los hombres, como estaban en mayoría, se distribuyeron amigablemente, en forma que cada danzarina tenía un patricio a cada lado, y algunas tenían un tercer pretendiente a sus pies, alargando las manos y esperando filosóficamente su turno. Eran, pues, cuatro o seis las manos que cada danzarina sentía en sus carnes, sin que pareciera darse cuenta. El interés de ellas estaba en la mesa, y los senadores aguardaban a que se hartasen, manipulando, en tanto, sin mostrarse demasiado impacientes. Así como la danza había servido para regalo de la vista, esta pausa servía para regalo del tacto, y los senadores conocían los excelentes resultados de retardar cierto momento.

Marcos mandó que apagasen la mitad de las lámparas. No creía que a sus invitados les molestase la luz para acariciar a las esclavas ni les cohibiese el verse unos a otros; pero le molestaba a él la contemplación de la animalidad de sus colegas.

Al acercársele Rhodis a besarle las rodillas la había alzado hasta él, haciendo que se tendiese en su escaño y dándole a beber en la misma copa en que él bebía. Luego le tomó una mano, besándosela con delicadeza, y la bellísima egipcia le sonrió conmovida de agradecimiento.

—¡Me tratas como a patricia, cuando ni siquiera soy liberta, oh, Marcos!—dijo dulcemente.

—Yo no admito esa clasificación, ni la que hacen mis conciudadanos. Yo no sé ver sino dos clases de mujeres: las que inspiran amor y las que no pueden inspirarlo.

La danzarina bajó los párpados, tomando su semblante un gesto de infinita tristeza. Sabía que en Roma, como en Egipto, no podía existir amor entre personas de diferente clase. Una esclava, siendo inteligente y buena, podía merecer simpatía y un trato de benevolencia; siendo hermosa, podía despertar deseo. Amor no podía inspirarlo una esclava. Por eso, como ella, a pesar de su estirpe y de su educación, no era hoy sino una vulgar esclava, bajó los párpados para no ver indiferencia en los ojos del patricio.

Marcos, interpretando por temor el gesto de la egipcia, desprendióse la corona de flores y la colocó sobre los dorados cabellos de ella, diciéndole con afecto:

—No temas nada, extranjera. Estás en mi casa y serás respetada de esos locos, aunque no lo sean tus compañeras. Aquí sólo yo podría exigir algo de ti, y seré sólo tu amigo como lo fuí en el banquete de tu ama.

—Eres bueno, romano.

—Quizá no; pero me repugnan las caricias obligadas. Me dijiste que no habías tenido trato con varón, y no seré yo quien te proporcione la tristeza de entregar tu virginidad a quien no ames. Si lo supieran mis amigos se reirían de mí y se te echarían encima como manada de lobos hambrientos. Lo que para mí es motivo de respeto, para ellos sería aliciente de gran enardecimiento.

La danzarina se apretujó contra el pecho de Marcos, como si ya sintiese sus carnes desgarradas por los zarpazos de los sátiros, y le suplicó protección, con el gesto angustioso de una niña que teme ver aparecer al fantástico monstruo de un cuento de encantamientos.

—Me protegerías tú como entonces, ¿verdad? No necesitaría matarme estando tú.

—¿Matarte?—exclamó Marcos con estupendo asombro—. ¿Lo piensas en verdad?

—Lo pienso desde que salí de mi patria. Al venir vendida a una matrona romana, habiendo oído hablar de vuestras costumbres, colgué de mi collar de ópalo y ámbar este pequeño puñal, que parece un caprichoso adorno a un amuleto. No es bastante para defenderme contra mi destino; pero es suficiente para llegar a mi corazón.

—¿Y serías capaz?

—No lo dudes, romano. Llevo sangre de rey y hay en mi alma demasiado orgullo para soportar un ultraje. Si mi condición es la de una esclava, mi historia es de una princesa. Me he criado en los jardines de la diosa Astarté, y he sido educada para cortesana. Sé que el amor es un arte, como la música, que produce emociones tan delicadas, tan vibrantes y quizá más intensas; conozco todos sus ritmos y todas sus sutilidades; pero a la vez que fuí instruyéndome presencié mil escenas brutales que los hombres llamaban pasión,

y me juré no entregarme sino al que mi corazón eligiese. Hoy soy esclava y perteneceré a quien mi ama quiera; pero mi pequeño puñal me lo hará olvidar en seguida.

Marcos, enormemente extrañado de aquel lenguaje, tan impropio de una esclava, jugueteaba con el pequeño puñal de la egipcia, que más bien parecía un adorno, como ella dijo, sin atreverse a contestarle para no amargarla demasiado. Una esclava en Roma no podía tener orgullo ni voluntad, cualquiera que hubiera sido su pasado, y al joven patricio se le hacía doloroso decírselo.

Las otras danzarinas habían dejado de comer ante los insistentes requerimientos de los señores. Casi todas ellas tenían rasgadas sus kalasiris de gasa, y desaparecían en completa desnudez bajo los hombres, que las poseían sin la menor delicadeza. Muchas, tendidas de lado en un escaño, eran gozadas por dos comensales a las vez, que se repartían sus bellezas, sin que a ellas se les ocurriese protestar de lo que era moneda corriente. Y hubo senador que, conociendo la costumbre de obligar a las esclavas de Alejandría a entregarse a tres hombres a un tiempo en la fiesta en que se les iba a declarar libertas, obligó a una de ellas a ensayar el tríptico, sentándose él en el borde de la mesa.

—¿No querías ser liberta?—preguntaba arrastrando las palabras con la pesadez de la borrachera—. Pues ensaya tus aptitudes, y si lo haces bien recomendaré a tu ama que te liberte. A' ver...

Rhodis, que oyó estas palabras, volvió a apretujarse contra Marcos, como buscando defensa en su recio pecho.

—Me protegerías tú, ¿verdad? No sería necesario...

—No lo será. Mis amigos se hallan ahora en el estado de serles lo mismo una diosa que una arpía, en tal que fuese hembra. ¿No ves cómo se distraen con tus compañeras? No tienen escrúpulo ni rubor unos de otros. Yo, sí, de su suciedad. Cuando el hombre se deja arrastrar por su instinto, sin diferencia alguna de los animales, me da asco y pena. Por eso hice rebajar las luces. Sin embargo, no me creas un ser sobrenatural, ni un vanidoso que quiere darse aires de espíritu superior. Es que mi estado de ánimo no es hoy el de siempre y es que en tu voz y en tu gesto vi algo extraordinario que me obligó a respetarte. Sin ello, en el banquete de tu ama o en este momento, quizá mi conducta no se diferenciaría mucho de la de mis amigos, y tal vez este pequeño puñal, de cuya existencia no me había dado cuenta, tuviera ya motivo para cumplir el trágico destino que le has dado.

—No, tú no eres igual; tú no eres igual—dijo la egipcia oprimiéndole las manos—. Una voz interna me lo dice. Te portaste aquella noche demasiado bueno, y hay en tus ojos demasiada nobleza, para que seas como todos. El que aquella noche me salvó de unos borrachos y quiso respetarme como si no fuera una vulgar esclava, no es como todos, porque si lo fueras habría de pensar que obraste sin saber lo que hacías, y no podría agradecértelo.

—¿Y te empeñas en estarme agradecida?

—¡Oh, sí, siempre! Sin ti no viviría ya. Cuando mi ama nos ha mandado venir aquí he venido tranquila, porque venía a tu casa. Cuando he sabido que amas a mi señora, he pedido a los dioses que te cases con ella, porque así viviré cerca de ti.

Marcos, que no quería derivar la conversación por nuevos rumbos, volvió al tema anterior.

—El agradecimiento, extranjera, es virtud; pero el respeto puede no ser más que remordimiento... ¿No comprendes? Remordimiento de no haber respetado otras veces. Sólo

quise evitarte la tristeza de entregar tu virginidad sin amor, aun desconociendo tu pensamiento y el uso que quieres hacer de este juguete. Quieran los dioses que puedas reservarte para el hombre a quien ames, gozando esa inmensa felicidad de que se ven privadas hoy casi todas las mujeres, entregadas al interés o a la forzada sumisión. El hombre a quien tú ames será bien dichoso, porque, en verdad, te digo que eres hermosa, muy hermosa y digna de ser amada.

—¿Yo? ¿Quieres distraerte burlándote de mí, o has bebido demasiado?

—Ni una cosa ni otra. Eres digna de ser amada, porque eres hermosa, como te digo. Tienes una belleza especial, desconocida de nuestras mujeres; una belleza que no consiste en la justa proporción de las líneas, en la armonía ni en el ritmo, sino en una gracia que te envuelve, en la dulzura de tus ojos, en el gesto ingenuo de tus labios, en el espíritu de nobleza y claridad que transparentas, en ese temor que demuestras entre los hombres borrachos y que te diviniza en tus danzas. Si yo fuese escultor, querría copiar tu gesto para una escultura de Diana.

—No conozco tus dioses, romano.

—Diana es Artemisa, la hermana de Apolo; como Venus es Afrodita, la esposa de Vulcano y madre del amor.

—Yo sólo amo a Astarté, en cuyo jardín me he criado viendo el amor sin que me diese deseo.

—¿Tu madre era, pues, cortesana?

—Mi madre era cortesana, y la madre de mi madre, reina.

—¿En Egipto?

—En Egipto y en Atenas. Se llamaba Lámia y comenzó su vida tocando la flauta en los banquetes y en las fiestas religiosas, hasta que Ptolomeo, el rey, se enamoró de ella y la hizo su amante. Cuando Ptolomeo fué vencido por Demetrio, pasó a poder del vencedor, y aunque Lamia tenía entonces cerca de cuarenta años, era tan prodigiosamente hermosa, que se convirtió en su favorita. Pero estaba acostumbrada a las liberalidades reales, y el oro se derretía en sus manos, obligando a Demetrio a imponer grandes tributos a las ciudades para satisfacer sus caprichos, por lo que la gente apodó a Lámia *Elépola,* que es el nombre de una máquina de guerra destinada a destruir los pueblos.

"Cuando murió Lamia, Demetrio, que estaba en el apogeo de su grandeza, mandó construir en Atenas y en Tebas templos a Venus Lamia, lo que te demostrará hasta qué punto era hermosa y hasta qué extremo se hizo amar del rey.

"Lámia había dejado una hija en Egipto, llamada Rodope, a la que su madre hubo de dejar abandonada en Alejandría, porque el gran amor de Demetrio le hacía estar celoso del primer amante de Lámia, y hubiera asesinado a la hija por odio al padre. Y Lamia, al salir de su país, dejó a su hija al cuidado de la hierofántida del templo de la diosa, siendo destinada al culto de Astarté y a la práctica del amor.

"El templo de Astarté se eleva fuera de la ciudad, lleno de flores y de sombras y cruzado en todas direcciones por las aguas del Nilo, que siete acueductos conducen a los jardines. Se halla al borde del mar; contiene lagos inmensos, bosques tupidos, árboles gigantescos, estatuas de mármol y flores de mil clases. En su interior hay mil cuatrocientas casitas uniformes, con puerta de cuero rojo, en la que están esculpidos los símbolos de los dos sexos y el nombre de la mujer que allí vive consagrada al amor. Son todas ellas bellísimas y las hay de todos los países. Cada año, los barcos



que llevan a Alejandría los presentes de los países tributarios conducen cien vírgenes con destino al jardín de Astarté, elegidas entre las más hermosas de Asia, de Mesina, de Judea, de Babilonia, del Golfo de las Perlas y de las riberas religiosas del Ganges. Unas tienen la piel blanca como la luna; otras, los pechos como copas de ágata; otras son morenas como la tierra bajo la lluvia; unas, delgadas y flexibles como los juncos de la India; otras, de ancas redondas y fastuosas como potras germanas; las de los países del Norte, con ojos azules como el cielo; las celtas, pequeñas de cuerpo y con los ojos del color verde del mar; las nazarenas, con las pupilas negras como la noche...

"A la caída del sol salen de sus casitas y se tienden sobre la hierba o se sientan en los pedestales de las estatuas a esperar a los hombres de todos los países que acuden con ansia de sus caricias sabias. La mitad de sus ganancias son para el templo y la otra mitad para el sostenimiento y adornos de ellas.

"Yo nací en el jardín de Astarté y soy hija de Rodope. Destinada al mismo culto, fuí educada en el templo, y mucho antes de ser mujer ingresé en el Didascalión, donde se dan siete clases para adiestrar a las adolescentes en todas las caricias y en todos los placeres. Cada año, en presencia de las sacerdotisas y de la hierofántida, se practican todos los ejercicios eróticos que las alumnas han aprendido: el arte de los besos, de los abrazos y los ritmos del cuerpo, y las doce niñas que se demuestran más artistas pasan al año siguiente al Cotytteïon, templo donde habitan las treinta y seis cortesanas más solicitadas de los amantes más ricos. Todos los meses celebran una gran fiesta de amor entre ellas, armadas de grandes falos y llegan a tales delirios, que muchas mueren en un espasmo de placer.

"En el recinto del jardín hay varios templos dedicados a la diosa bajo distintas advocaciones. Uno recibe las plegarias de las cortesanas sentimentales y está dedicado a Urania; otro es el de Apostrophia, donde se acude en olvido de los amores desgraciados; otro el de Chryseïa, que atrae a los amantes ricos; otro el de Genetyllis, que protege a las cortesanas encinta... Y en el centro, el principal de todos ellos, el inviolable Astarteïon, colosal edificio elevado sobre diez y siete escalones de mármol, con puertas de oro macizo, y en cuyo interior, rodeando el altar de la diosa, están las artísticas esculturas que divinizan todas las locuras del erotismo: cabritas de cuernecitos de oro embestidas por furiosos sátiros; vírgenes poseídas por toros en celo; náyades cubiertas por ciervos; bacantes amadas por tigres; Leda oprimiendo al robusto cisne entre sus muslos palpitantes; la insaciable Sirena estremeciéndose de placer con la agonía de Glaucos incrustado en su carne; la Sphinge alzando su grupa al nivel del caballo Pegaso...

"Quiso mi suerte o mi desgracia que, en ocasión en que el maravilloso secreto de la vida se presentaba a mis ojos como una flor sangrienta, brotando de mi sexo como torrente de rubíes, aconteciese la muerte de Rodope, mi madre. Y yo, que había aprendido a odiar el amor brutal de los hombres, harta de presenciar sus arrebatos groseros y cínicos y que no había hallado consuelo en las caricias de mis compañeras, la misma noche en que vi a mi madre muerta huí del jardín de la diosa, donde no quería marchitar mi corazón, y, saltando el alto muro, corrí por la playa hasta la salida del sol.

"Unos pescadores me recogieron y me vendieron como cosa suya a un comerciante pirata. No podía pedir protección, porque hubiera sido devuelta al jardín de Astarté y allí sacrificada por haber renegado de su culto. Fuí unida a otras jóvenes como yo; me enseñaron a danzar, a tocar el címbalo, la cítara y la flauta. Tiempo después fuí embarcada y traída a Roma con mis compañeras. Lo demás lo sabes ya."

VI

VOLUPTUOSIDAD Y PASIÓN

Cuando dejó de hablar la joven danzarina, Marcos, que acariciaba tiernamente una de las pequeñas manos de la egipcia, besó aquélla en las uñas rosadas y en la palma sedeña. Ella cerró los ojos, como si el casto beso le hubiera llegado al corazón.

—¿Qué edad tienes ahora, extranjera?

—Quince años ya. Si hubiera permanecido en los jardines de mi diosa pronto sería vieja.

—¿Cuál es tu nombre?

La danzarina palideció intensamente, herida en su ilusión, y balbuceó con acento de inmensa amargura:

—¡Creí habértelo dicho cuando nos conocimos, patricio!

—Me lo dijiste y no lo he olvidado; pero, pronunciado por ti, tiene una dulzura que me place oír.

—¿Dices verdad?—preguntó ella con anhelo.

—Diré yo tu nombre para que no dudes de mis palabras. Pero te lo diré al oído... Tu nombre es hermoso como tú, extranjera; tu nombre es armonía y es sugestión, como tú

eres luz y eres perfume; tu nombre es a la vez incentivo y bálsamo, como tus ojos son fuego que abrasa y oasis reparador; tu nombre es un poema de pasión y de ternura, como tus labios son tentación y tu palabra es paz; es una caricia, como tu mirada; es digno de una diosa, como tu belleza es digna de una escultura; es una eufonía que merece reunir un ensueño de amor, tal como tú, que eres toda gracia, mereces ser amada... Rhodis.

—¡Oh, Marcos!—suspiró ella dejando caer la cabeza en el hombro del patricio, cuyos labios rozaban su oreja como un pétalo.

Un fuerte golpe dado al otro extremo de la mesa y que hizo rodar ánforas y romper copas y platos interrumpió un momento el éxtasis de idilio. Era que Plauto, uno de los comensales, había hecho sentar a una de las danzarinas en el borde de la mesa y luego la tendió rudamente sobre ésta, haciendo caer las ánforas, que derramaron su contenido. Se empeñaba en beber en el regazo de la danzarina, para lo cual escanciaba el vino bajo el vientre de la egipcia, corriendo a aplicar la boca en el triángulo velloso. Ella reía, gritaba y se revolvía sobre la mesa, ocasionando nuevos destrozos de copas y platos.

—No les mires—dijo Marcos al oído de Rhodis—; vuelve la cabeza para no verlos. Odiarías a los romanos y a todos los hombres.

—Tú no eres como todos—respondió ella sonriendo.

Un esclavo entró apresuradamente, llamando a su amo con gestos misteriosos. Marcos no quiso hacerle caso; pero insistió el esclavo de tal manera, que hubo de levantarse para oírle. La mayor de las extrañezas se reflejó en su rostro al escuchar el nombre que le decía el esclavo.

—Espérame, Rhodis. Y tú, permanece al lado de esta mujer, y con tu vida me respondes de que nadie llegará hasta ella.

Salió del triclinium y fué al jardín donde, apoyada en un banco de mármol que servía de pedestal a una estatua de Ceres y quedaba bajo el dosel de un copudo sicomoro, una mujer le esperaba, envuelta en un amplio manto, con una capucha y con el rostro oculto hasta los ojos por un espeso velo que se arrollaba a su cuello y flotaba sobre sus hombros.

Marcos, ya cerca de la tapada, se detuvo asaltado por el vago recuerdo que le evocaba aquella mujer. No podía precisar de momento dónde había visto una figura así, envuelta en un manto con capucha y entre las sombras de la noche; pero le retraía una escena confusa de misterio y de lujuria que en modo alguno podía relacionarse con aquella dama.

Se acercó torpemente, porque le intrigaba el confuso recuerdo. Ella bajó el velo que le ocultaba el rostro y le tendió ambas manos con ademán aristocrático y amoroso a un tiempo.

—Te dije que confiaras, y vengo a ti antes, sin duda, de lo que habías confiado—dijo la dama con dulzura.

—Antes no, Julia amiga—respondió Marcos, conduciéndola suavemente al banco de mármol—. He esperado cada hora y cada minuto. Llegas, sí, cuando lo pensaba menos. ¿Cómo había de pensar que vinieras a mi casa de noche, olvidando tu rango y tu reputación, cuando sabes que celebro un banquete sin frenos y es la hora en que el vino nos hace perder todos los respetos?

—Mi corazón ha dudado entre el deseo y la conveniencia, te lo confieso; entre el amor y el interés. Pero hoy toda Roma habla de ti; eres el hombre que se discute, que apasiona, y la gloria de que te has rodeado me ha vencido. Ju-

lia Traciana olvida su nombre para ofrecérsete como la última de las busconas.

La hermosa matrona esperaba un arranque de pasión; pero el joven senador dió un salto, como si las últimas palabras hubieran sido rayo de luz para sus recuerdos. Aparentando estar confuso de felicidad, reconoció disimuladamente el borde del manto de la patricia y halló una de sus puntas incompletas, como rasgada por un violento tirón.

El descubrimiento le tuvo unos instantes anonadado. Luego, rehaciéndose a la impresión dolorosa, como si algo muy apreciado se rompiese en su corazón, como si presenciase la caída de un ídolo en pedazos, se encogió de hombros con filosofía de escéptico y dijo a la viuda mordazmente:

—Tal vez no sea la primera vez que padeces semejantes olvidos. ¿Quieres que te lo ayude a recordar, buscando en mi arca un trozo de tela que quizá se ajuste a la que falta de tu manto?

Julia Traciana no se quedó petrificada, como esperaba Marcos; no se estremeció siquiera. Mujer de talento y de extraordinaria sagacidad, al comprenderse descubierta quiso sacar de su situación todo el partido posible, y, echando amorosamente los brazos al cuello del joven senador, díjole con apasionamiento:

—Es verdad, era yo, que te amaba, y busqué aquel subterfugio para poseerte sin que me delataras. El amor suele ser poco prudente y la felicidad suele desataros la lengua a los hombres demasiado. Deseaba tus caricias, pero desconfiaba de tu discreción. En aquella aventura puedes ver la prueba de mi amor, Marcos.

—Prueba ésa que agradezco infinitamente—dijo éste con sequedad—y que te prometo no olvidar mientras viva. Pero mis pensamientos distan mucho de los de aquella noche. Hoy no puedo aspirar a tu amor, porque sería sacrificarte. Mi reciente intervención en el Senado me obliga a dejar la ciudad, huyendo de la reacción que vendrá contra mí. Haz feliz a Valerio Clemente, que me lleva la ventaja de sus inmensas riquezas, y si puedo estar en Roma el día de vuestra boda, acudiré a estrechar la mano de Valerio Clemente con envidia.

Esta vez sí quedó profundamente turbada la viuda y llena de sorpresa; pero la actitud de Marcos, que se había puesto ceremoniosamente en pie, no admitía duda. Prolongar la escena hubiera sido una enorme violencia para los dos. Y la matrona se alzó con dignidad, diciendo al joven casi altanera:

—Agradezco tu consejo y te prometo seguirlo, joven patricio.

—Yo envidiaré eternamente la suerte de mi rival y haré votos por tu dicha—dijo él, inclinándose a besarle una mano—. Pero aun he de pedirte un favor, Julia amiga. Para que mi destierro y tu pérdida no me sean de tanto dolor, regálame a una de tus bailarinas de Alejandría. Su presencia será tu recuerdo.

—Escógela tú mismo.

—A cambio de tu gentil obsequio—añadió con acento de galante complicidad—te prometo decir a Valerio Clemente que eres la única dama romana que no se ha contaminado de la lujuria de las demás.

Marchó la viuda y regresó Marcos al triclinium. Sus amigos, beodos todos, roncaban con las togas revueltas, mostrando sus íntimas vergüenzas, abrazados a las danzarinas, que dormían también. El ambiente era irrespirable. Unos esclavos limpiaban el piso, donde se confundían las flores con

restos de comida, con el vino derramado y el que habían devuelto de sus estómagos los comensales.

Marcos tomó de una mano a la bella egipcia y la llevó al banco del jardín donde había estado con la viuda del procónsul, diciéndole tiernamente:

—Había pedido a tus dioses que me casara con tu ama para estar siempre a mi lado, y tus dioses sólo me han atendido en parte. No me casaré con tu ama, pero permanecerás conmigo mientras sea ésa tu voluntad. Julia Traciana me ha hecho donación de ti, y yo, mañana mismo, te declararé liberta.

La emoción de Rhodis fué tan intensa que sus ojos se llenaron de lágrimas y besaba las manos del patricio sin acertar a hablar.

—Eres liberta y podrás volver a tu país, si lo deseas: pero ahora soy yo quien te suplico que no te separes de mí, porque..., ¿no lo adivinas, no lo ves en mis ojos, no lo comprendes en mi voz? Tu belleza y tus palabras me han rendido el corazón, y ahora comprendo la justeza con que Julia Traciana hablaba del amor que es pasión y el que es voluptuosidad. La voluptuosidad es ella, y se apaga en una crispación de los nervios; la pasión me la has inspirado tú, y durará toda mi vida..., Rhodis...

Rhodis, inundada de felicidad, seguía llorando con lágrimas dulces, las lágrimas benditas que sólo se derraman en la vida una vez.

De pronto, con lento movimiento, arrancó de su collar de ópalo y ámbar el pequeño puñal, que juguete parecía o amuleto, y apoyándolo con fuerza contra el mármol del banco, rompió la hoja en dos pedazos.

—¿Qué haces, Rhodis?

—Ya lo ves. He roto mi puñal..., porque ahora..., ahora ya no querría morir.

Marcos alzó la cara ruborosa de la extranjera, y las bocas se unieron en un beso de amor infinito.

LA NOVELA EXQUISITA

APARTADO 9.035 **MADRID**

Precios de suscripción

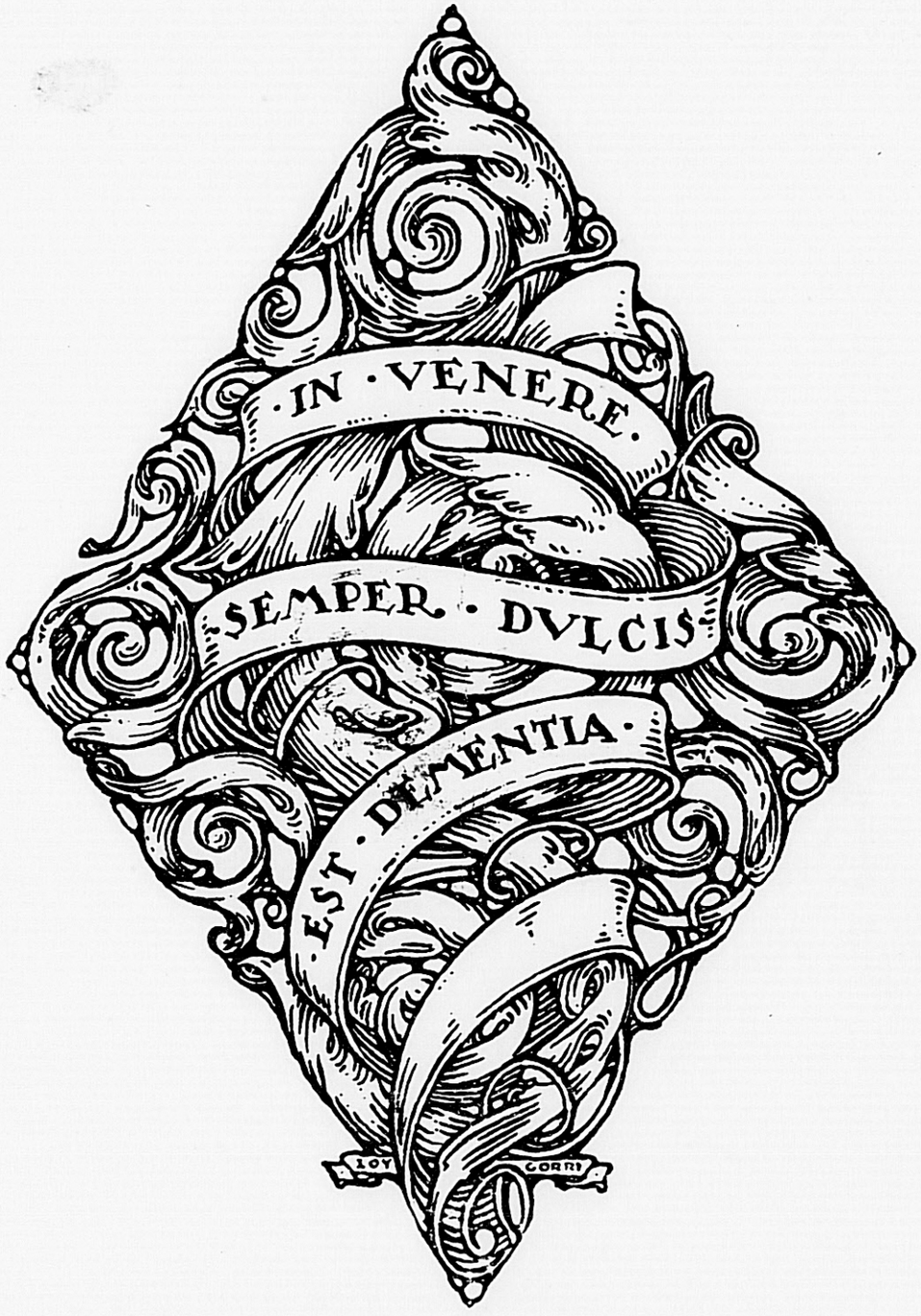
	Pesetas
Trimestre	7,50
Semestre.....	14,00
Año.....	27,00
América y Portugal, semestre	16,00
Idem ídem, año	30,00
Extranjero, año	35,00

Hacemos los envíos mensualmente y certificados, teniendo derecho los suscriptores a recibir sin aumento de precio los números extraordinarios que se publiquen.

Los lectores de América y extranjero que deseen hacer pedidos de los números publicados al suscribirse, deberán remitirnos previamente el importe (**60 céntimos por ejemplar**) en moneda española, por cheque a nuestra orden. En igual caso, los lectores de España pueden remitir el importe en la misma forma, por giro postal o bancario o sellos de Correos españoles.

Conserve cuidadosamente todos los volúmenes de esta colección y llegará a reunir una valiosa biblioteca

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL


·IN·VENERE·
SEMPER·DVLCIS
EST·CLEMENTIA·
IOY
CORRI